

La contorsión indebida



El diseño del cosmos empuja hacia la curva. Los astros se manifiestan esféricos y dibujan órbitas con parecidos circulares. Y muchos de ellos, astros y órbitas, forman galaxias con rostros sinuosos de espiral y elipsis. Es la forma consagrada del universo.

En el ser humano parecía que su tendencia era muy diversa. Nacía encogido, doblado sobre sí mismo, pero, progresivamente, tendría que ir como desmadejándose y extendiendo sus miembros. El propio nacimiento ya es un ejercicio de estiramiento. Luego vendría el momento de erguirse por completo sobre sus pies para dejar la cabeza en lo más alto de sí,

coronando el cuerpo. Tendrá que defender este porte hasta que la edad o los ataques contra la propia salud, provoquen su doblegamiento. Por tanto, la curvatura en el hombre es síntoma o de vida incipiente o de decadencia, pero no de madurez.

Esta postura que nos distingue del resto de animales implica una tensión. La juventud apenas lo nota, pero parece que el cuerpo quiere arrastrar la cabeza y cuanto le acompañe a verse hacia la tierra. Quizás tenga añoranza de cobijo, como del seno donde se engendró, y no se resiste a volver a la curvatura, deseoso de regresar a sus orígenes. La espalda se comba y la barriga se redondea, con anhelo de esfera. Por eso ha de vencer esta inclinación premeditada manteniéndose en tensión y cuidando que la cabeza permanezca elevada. Y aquí se va mucho de la vida en esta pugna donde el cuerpo pretende ceder, buscando amparo en el pliegue, cuando en realidad lo que consigue es decrepitud, y la energía que lo mantiene estirado para evitarlo.

Lo que sucede a nivel físico tiene una clara correspondencia moral. Existe un incordioso empuje a ceder en tensión y dejar que la curva sea el aliciente inmediato que trace el rumbo hacia el que se tiene que ir. Los ojos advertidos en el rostro contemplan desde lo alto el horizonte amplio con el universo inabarcable que busca conocer y que jamás agotará. Así provocará la extensión del ser hacia el infinito. Cuando la cabeza cede abatida por la espalda, los ojos se vuelven hacia el propio cuerpo, cercado el horizonte con su persona, identificando infinito y uno mismo. Entonces, o bien ha de realizar un especial esfuerzo para enderezarse y recuperar vistas panorámicas, o terminará pensando que por fin el universo ha sido atrapado, porque es él y no hay nada más.

Éste es el movimiento de lo que en la tradición judía y cristiana llamamos pecado: un cierre a la propia carne, un enclaustramiento nocivo. Cualquier conciencia ligeramente despierta puede experimentar en sí esta tensión entre el deseo de estirarse y sobrepasar incluso sus propias dimensiones, y el peso que cae sobre sus espaldas y que lo llevan a la doblez.

El auxilio para evitar esa frustrante curvatura viene, curiosamente, de otra curva. El saltador flexiona las piernas para elevarse y la cuerda del instrumento se tensa para vibrar y sonar. Ese aparente retroceso o cesión, supone un acopio de fuerzas que proporciona energías nuevas o música en el silencio. Por eso, la cuaresma se nos ofrece como un tiempo para que, dándonos cuenta de lo curvados que estamos, tomemos fuerza, nos enderecemos y obtengamos nuevos bríos para el combate diario. Se anima a doblar las rodillas, no la cabeza, pues los ojos no pueden perder su horizonte, que es Dios. Se pide avanzar en humildad, no en servilismo, porque somos siervos del amor de Dios que nos pide creer y amar con razones, no personajes condenados a la irracionalidad y la repetición inconsciente.

Aquí viene la Cuaresma nos encontrará doblados, como siempre, de pecado y desaliento y, como siempre, nos llegará con oportunidad para enderezarnos, crecer en altura humana y encaminarnos hacia la cismas divinas.

***Luis Eduardo Molina Valverde
Sacerdote de Santa María***